

Dos slogans inoportunos y necesarios

Sólo Cristo Salva / Cristo Viene

Pedro Trigo

En una chapita colgados de los árboles de la carretera, pintados en las paredes o voceados por altoparlantes potentes y nítidos, ambos slogans se hacen presentes en cualquier lugar y hora a lo ancho y largo de nuestro país. A quienes no los hemos pintado ni los andamos pregonando ¿qué nos dicen, si nos dicen algo? Creo que primero todos pensamos en quienes se expresan a través de ellos: Son los evangélicos, decimos genéricamente, para aludir a las distintas sectas de origen protestante. Tal vez ahí se acaba todo. Si para uno el personaje aludido en ambas sentencias es un ser entrañable que ocupa un lugar muy significativo en nuestras vidas, puede ser que a través de estas frases nuestro pensamiento y más aún nuestro corazón vuelen hacia Jesús de Nazaret, nuestro Señor, que sabemos con nosotros hasta el fin de los tiempos (Mt 28, 20). Si somos eclesiásticos, tal vez por preocupación profesional, nos pongamos a elucubrar sobre la inconveniencia de arrojar a la intemperie algo que sentimos tan delicado o sobre ese fundamentalismo descontextuado que los enarbola.

Pero ¿qué hay detrás de ellos? ¿Cuál es su base bíblica? ¿Qué significan para los que los proponen? ¿Qué significan para nosotros? ¿Qué plantean a nuestra sociedad?

EL KERIGMA PRIMITIVO

Empecemos por la base bíblica. "Sólo Cristo Salva" expresa el carácter escatológico de la figura y la misión de Jesús. El es el que tenía que venir (Mt 11, 2-6), el Hijo del dueño de la viña (Mc 12,6), el que viene, enviado por Dios, en la plenitud de los tiempos para revelar, realizándolo, el misterio oculto desde la creación del mundo, es decir para realizar, llevándolo a su consumación el designio con el que Dios creó al mundo. El reveló al Dios de la gracia solidarizándose con nosotros y cargando con nuestros pecados (Ef 1, 3-14); reveló a Dios como Padre al hacerse hermano nuestro. En esto consiste su salvación: en comunicarnos como nuestro ser más profundo, nuestro ser regalado, su condición de Hijo de Dios (1 Jn 3,1). Nos la comunicó al hacerse nuestro hermano y nosotros la recibimos al actuar el Espíritu que crea fraternidad. Esto es lo que subyace en la proclamación de Pedro en los días de Pentecostés: "La salvación no está en ningún otro, es decir, que bajo el cielo no tenemos los hombres otro diferente de él al que debemos invocar para salvarnos" (Hch 4,12). Este mismo es el kerigma de Pablo: "Comprendimos que ningún hombre es rehabilitado por observar la Ley, sino por la fe en Jesús Mesías" (Gal 2,16).

Ahora bien, Pablo enfatiza la procesualidad de la salvación de Jesús: Primero la rehabilitación que por Jesús alcanzamos de Dios y ante Dios. Luego viene la actuación del Espíritu que como prenda de la salvación definitiva se nos ha dado. Con ese Espíritu llegamos a ser nueva creación, nueva humanidad. Finalmente vendrá Jesús para salvarnos, es decir para que alcancemos (nosotros, nuestros cuerpos, la humanidad entera) "la libertad y la gloria de los hijos de Dios" (Rm 8,21).

Así empalmamos con el otro slogan: "Cristo viene". Porque "Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos" (Hch 10,42). "Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre que ha designado, y ha dado a todos garantía de esto resucitándolo de la muerte" (Hch 17,31). Dios ha entregado el juicio al Hijo del Hombre. Pero "yo no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. El que me rechaza y no acepta mis palabras ya tiene quien lo juzgue: el mensaje que he comunicado, ése lo juzgará el

último día" (Jn 12,47-48). Y cuál es ese mensaje: aceptar a Dios como Padre aceptando a los hombres como hermanos (1 Jn 4,21), sobre todo a los más pequeños. En este sentido los pobres juzgan al mundo (Mt 25,40). A los que tal hacen anima Jesús en la hora de las calamidades postreras: "Cuando empiece a suceder esto, pónganse derechos y alcen la cabeza, que se acerca su liberación" (Lc 21,28).

Jesús tal vez creía que el día estaba próximo (Mt 24,34; 10,23), ciertamente ese fue el parecer que reflejan las cartas primeras de Pablo (1 Tes 4,15; 1 Cor 15,51). Sin embargo, Jesús insiste en que no es importante conocer la hora. Eso no toca a los discípulos (Hch 1,7) ni tampoco la conoce el Hijo (Mc 13,32). Lo fundamental es la vigilancia (Mt 25,13). Nuestro tiempo es de seguimiento (Jn 22,22) y testimonio (Hch 1,8), de misión (Jn 20,21). Ese es el tiempo de la historia que abre la Ascensión (Hch. 1,11a). Es el tiempo en que Jesús no está aquí (Hch 1,11b; Mc 16,6). "Les conviene -había dicho el mismo- que yo me vaya" (Jn 16,7). Al irse Jesús, es la hora de nosotros, que somos su cuerpo en la historia. Para eso nos envía el Espíritu (id.).

Porque no está aquí en nuestra historia como un personaje histórico, nos dejó sus sacramentos: los hermanos más pequeños, los evangelios, la eucaristía, la comunidad. En ellos está presente, pero en ellos, no independientemente de ellos en su propia figura. Así está en Dios, preparándonos lugar. Luego volverá para que estemos donde él está (Jn 14,3). Por eso, aunque contentos con nuestra misión, sentimos su ausencia y oramos "Ven, Señor" (1 Cor 16,22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20).

Pero no andamos haciendo cálculos ni buscándolo a él en persona en esta historia. El ya vino a ella y lo mataron. Y con él murió el mesianismo. Ya no hay mesías en la historia sino sólo hermanos, servidores. Por eso si alguien les dice: aquí está el Mesías, no lo crean. Su venida será fulgurante, no dejará lugar a dudas (Mt 24,23-27). Y significará el fin de la historia. La historia no es tiempo de abrazos sino del envío (Jn 20, 17). A Jesús se lo encuentra en sus sacramentos empezando por el del hermano más pequeño. Pero los sacramentos no anulan la distancia. De ahí la inevitabilidad de la oración: expresión de destierro duro y esperanza cierta.

HISTORIA Y ESCATOLOGIA

Ambas formulaciones son centrales en la fe cristiana y, unidas, la expresan a cabalidad: "el Mesías se ofreció una sola vez para quitar el pecado de muchos; la segunda vez, ya sin relación al pecado, se manifestará a los que lo aguardan para salvarlos" (Hbr 9,28). Para los cristianos nuestra vida transcurre entre la fe que nos asegura que en Jesús (su Hijo y nuestro Hermano) Dios nos perdona y recibe, y la expectativa de que él vendrá, no sólo para redimir nuestros cuerpos de modo que en ellos resplandezca plenamente nuestra condición de hijos sino para hacer un mundo donde habite la justicia, el mundo de los hijos de Dios. Entre la seguridad que da la fe y el horizonte que abre la esperanza se instaura el tiempo de la historia que es el tiempo del seguimiento, la ocasión de verificar la fe, es decir de actuarla mediante el amor de justicia, mediante la solidaridad, mediante la caridad.

Así pues podemos decir que estamos salvados en esperanza, en el sentido de que Jesús es el sí definitivo de Dios hacia nosotros y de nosotros hacia Dios; pero que todavía esta salvación no se expresa cabalmente en nuestras vidas. O también podemos decir que no estamos salvados, en el sentido de que ni en nuestra vida personal ni en nuestro mundo reduce la existencia de los hijos de Dios que viven como hermanos, aunque en Jesús tenemos la esperanza cierta de que Dios nos salvará. Ambas fórmulas son exactas, con tal de que las entendamos correctamente.

En América Latina sin embargo creo que es más pertinente la segunda. En efecto vivimos en una situación de pecado. La mayor parte de la población por efecto de este pecado estructural no tiene acceso a la vida, al mínimo vital. En estas condiciones, precisamente porque tenemos las primicias del Espíritu, gemimos anhelando un mundo donde habita la justicia y nos convertimos en artesanos de la paz hasta ser perseguidos por la justicia. Experimentamos la muerte, en la certeza de que se manifestará en nosotros la vida definitiva.

REDUCCIONISMOS SECTARIOS

De todos los modos es crucial mantener la tensión entre ambos momentos: entre lo que hemos recibido y lo que aguardamos. Si esa tensión se rompe el cristianismo se deforma y además desaparece la historia que es el tiempo actual, aquél en que vivimos de la fe y en el que caminamos con esperanza, aquél en el que seguimos a Jesús.

Sólo Cristo Salva puede degenerar en la confesión de una persona y/o grupo que proclama que ya está salvado, ya está resucitado, lo fundamental para él ya ha acontecido y sólo cabe celebrarlo entusiásticamente en una

comunidad separada sectariamente del resto de los humanos que aún penarían en la vieja historia, fuera de la salvación. Para estas personas la historia carece de densidad, en ella no se juega nada esencial. Por eso pueden desentenderse de todo y vivir ensimismados el acontecimiento que los ha transformado según su creencia.

Cristo Viene, a su vez, puede degradarse expresando una vida personal y comunitaria volcada unilateralmente al futuro, en donde se realizará lo único importante, lo definitivo. De este modo el presente histórico pierde toda relevancia; construir la historia es una obra vana, fútil, incluso presuntuosa y ciertamente distractiva. Estos grupos de clarividentes se segregan de ella para entregarse a la espera del acontecimiento que llenará sus vidas y colmará sus ansias.

INTERPELACION PARA NOSOTROS

Sin embargo el que existan estas desviaciones sectarias no puede servir de pretexto para no insistir en la parte de verdad que, aunque desfigurada, ambas encierran. Sólo Cristo Salva significa desde este punto de vista que los que nos llamamos cristianos, o somos testigos de una experiencia real de la que podemos dar cuenta o nuestro cristianismo se reduce a un elemento cultural del que participamos ambientalmente. Sólo Cristo Salva es una frase que nos debe mover a preguntarnos: ¿me siento salvado por él? ¿en qué lo noto? ¿lo perciben los demás? Si en nada soy una persona nueva, el cristianismo es sólo ideología que se proclama. De ahí la necesidad de que el cristianismo se exprese en procesos de iniciación que con sus etapas deben durar toda la vida y que de un modo u otro pidan una comunidad. Sólo Cristo Salva nos pregunta si somos ferrento en nuestra sociedad o si los cristianos en nuestro país nos parecemos a la sal que perdió su sabor y no tiene ya ninguna función. Proclamar que Sólo Cristo Salva es expresar ante todo la necesidad personal y colectiva de salvación, es pregonar que vivimos en una situación de pecado de la que debemos desolidarizarnos. Por eso no puede sentirse ni decirse desde el orden establecido. Finalmente, la palabra sólo significa abjurar de los ídolos. Si únicamente Cristo salva no hay ya mesías en nuestra historia: No salvan los líderes políticos ni el dinero ni el poder ni los padrinos ni la viveza ni la suerte ni uno mismo. Si es Cristo el que salva ya no tengo que preocuparme de mi salvación sino de hacer lo que Dios quiera, de cumplir la tarea que él me ha puesto, de hacer su voluntad, la misión que él me ha encomendado en la construcción de su reino. De mi salvación se encarga él, a mí me toca seguirlo. No se trata, pues, de buscar mi vida, mi fama, mi seguridad, mi placer, caiga quien caiga, sino de an-

teponer a todo el seguimiento de Jesús, la lucha porque venga su reino.

Desde este punto de vista católico (en el sentido de pleno, cabal) la proclamación "Cristo Viene" nos advierte que no debemos amoldarnos a la figura de este mundo que pasa. Nos pone en guardia contra la tentación de la cristiandad: identificar el orden establecido con la voluntad de Dios, la "sociedad occidental y cristiana" con el mundo de los hijos de Dios; instalarnos en una cultura que conserva símbolos cristianos y honra a la jerarquía eclesiástica como si ya estuviera fundamentalmente evangelizada; aposentarnos en nuestra democracia (suficiente —dicen— aunque perfectible) como si no fuera una situación de pecado que debe ser liberada (no militarmente sino con democracia efectiva).

Para quien usufructúa el reino de este mundo el recuerdo de que Cristo viene es fundamentalmente molesto. Para el pueblo sin embargo que vive "en este valle de lágrimas" es una buena noticia (Evangelio). Por eso el cristianismo aburguesado ha luchado por desescatologizar a la Iglesia, es decir por lograr que en la práctica minimice el hecho de que esta existencia es un juicio, el juicio verdadero e inexorable de Dios que viene a realizar Jesús. Decir Cristo Viene es decir que la vida está abierta a Dios en espera de su figura definitiva y por lo tanto que es de necios atrincherarse en la seguridad que dan, por ejemplo, las riquezas. Cristo Viene es, pues, abrir la vida al juicio de Cristo para que él la moldee de manera que cuando venga nos halle preparados. El que vive teniendo como prioridad el dato cierto de la venida de Cristo trata de que sus criterios, su sentir y sus actos sean conforme al Espíritu de Jesús. Y más todavía puede vivir esta vida sin angustias porque sabe que al fin todo va a ser puesto en su sitio, en su verdadera dimensión, puede luchar con confianza seguro de la victoria definitiva, vive vigilante pero con paz, tratando con diligencia de redimir el tiempo, pero esperando al redentor definitivo.

En cuanto todo esto vaya tomando visibilidad social, los slogans "Solo Cristo Salva" y "Cristo Viene" que aparecen escritos y son voceados como anuncios publicitarios no tendrán razón de ser ya que resultará patente su fundamentalismo sectario. Pero en tanto el catolicismo sea la religión de la globalidad tal como la representa el orden establecido estos slogans se yerguen con su talante inoportuno acusando la desescatologización de nuestro cristianismo. Dios quiera que sepamos interpretar el llamado que nos hacen. Sólo entonces andarán sobrando.